

cada 1920-30. Estaba sentado en la primera fila de galería de un teatro colosal y vago, que no veía con precisión. En lo que supuse era el escenario, igualmente vasto y sin ningún arco proscenio definido, se veía un fantástico espectáculo brillantemente coloreado, perfectamente inmóvil, totalmente distinto a cuanto había visto hasta entonces. Fue un sueño insólitamente impresionante, que me obsesionó durante varias semanas.

Después, a principios de la década de 1930, efectué mi primera visita al Gran Cañón, llegando allí por la mañana temprano, cuando había una espesa niebla y no se veía nada. Permanecí sentado durante algún tiempo cerca de la barandilla del Borde Sur, enfrente del hotel que se alza allí, esperando a que la niebla se aclarase y se disipase. Lo hizo repentinamente, y entonces, como si estuviera sentado en la primera fila de galería, vi aquel fantástico espectáculo brillantemente coloreado, perfectamente inmóvil, que había visto en mi sueño del teatro. Lo reconocí instantánea y plenamente. Mi sueño de años antes me había mostrado una visión anticipada de mi primera vista del Gran Cañón.

Estos dos sueños me parecen definitivamente precognoscitivos o previsionarios. Veamos ahora cómo resisten a la crítica antiprecognoscitiva que se bosquejaba antes.

El sueño del Cañón ocurrió antes de que yo hubiera leído a Dunne, e incluso cuando vi el Cañón aún no estaba yo interesado por el problema del Tiempo. Y el sueño relacionado con mi tío y el hecho real años después, sucedieron muchos años antes de que yo supiese algo respecto a los sueños precognoscitivos. En ninguno de estos dos hechos reales hubo el más vago sentimiento de haber visto algo antes. Hubo un reconocimiento instantáneo y definido, y en ambos casos—lo cual es insólito—había transcurrido un largo lapso de tiempo entre el sueño y el hecho real. Aquí no hay ansiedades reprimidas, ni emociones fuertes.

No veo la forma en que podría haber manipulado yo mi vida real, ni siquiera inconscientemente, para hacer que se cumpliesen aquellos sueños. En el sueño del Cañón, yo no sabía que el aparente espectáculo teatral era el Gran Cañón. Puede argüirse que las fotografías del Gran Cañón no escasean y que yo podía haber visto una o varias de ellas años antes de haber tenido el sueño. No puedo aceptar ese argu-

mento. En primer lugar, como sabe todo el que haya visto el Gran Cañón, el color es esencial para cualquier representación del mismo, y la clase de fotografía en color bastante familiar en nuestros días, apenas existía a comienzos de la década de 1920. Y si yo hubiera visto un cuadro del Gran Cañón, seguramente no lo habría olvidado. Por otra parte, tanto en el espectáculo del sueño como en la vista real del Gran Cañón, había una riqueza compartida, una profundidad, una intrincación y una magnificencia tales, que hace ridícula cualquier comparación con vagos recuerdos de viejas fotografías.

Nos queda, pues, la coincidencia. Y he aquí, a grandes rasgos, cuál sería el razonamiento. No es sorprendente que un niño sufra una pesadilla relacionada con algún pariente adulto, que le mira iracundo. Ni tampoco es muy sorprendente que un joven se encuentre en el bar con un tío encolerizado. Ni siquiera es una coincidencia notable que el tío se presente, poco más o menos, como lo hizo en el sueño.

Lo cual parece razonable, pero no lo es. En primer lugar, yo no estaba siempre soñando con parientes adultos encolerizados, y, en realidad, este sueño es el único de esta índole que puedo recordar. En segundo lugar, en ninguna otra ocasión me encontré con un tío mío (o tía) encolerizado, en un bar o en cualquier otro lugar público. Las probabilidades de que sucedieran ambas cosas—y que se me ofreciera un rostro con aquella extraña e idéntica expresión en ambos casos—son muy escasas ciertamente.

Por otra parte, volviendo al otro ejemplo, yo no estaba siempre soñando que estaba sentado en vastos y vagos teatros, viendo un espectáculo inmóvil, multicolor, brillante y fantástico. (El color es importante. Parece que creamos nuestros sueños lo mismo que hacemos nuestras películas: en blanco y negro si eso le va bien, o en color si el sueño lo necesita, como lo necesitó el mío.) Aquel sueño fue tan insólito e impresionante, que lo recordé fácilmente. Me colocó en la primera fila de galería de un vago teatro, porque después, cuando vi

**El Gran Cañón, Arizona. Cuando Priestley vio por primera vez este vasto valle de millas de profundidad, lo reconoció inmediatamente como el «espectáculo fantástico y brillantemente coloreado» que viera en sueños unos diez años antes.**

